



INCIDENTE CON MARCIANOS EN LA BOMBONERA

Por Luis Barroso

Dedicado a Germán Oesterheld , Juan Salvo y el cabo Reparaz

Alguno los habrá chiflado, seguro. Otros los habrán puteado por lo bajo, seguro. Pero en términos generales el público siguió en lo suyo, esperando el partido, cantando las cosas de siempre, agitando las banderas.

Facundo Solari no: los miró fijo, los odió con un odio lento y espeso.

Casi podría decirse que por tratarse de un Boca-River, esa tarde las cosas venían demasiado tranquilas. En una parrilla cercana llamada *La 12* hubo un «ajuste de cuentas» entre dos hinchas, uno de los cuales tuvo que ser hospitalizado en el Argerich con una puñalada en el abdomen. De puro aburridos, los policías apaleaban a alguno que otro, pero sin lograr que nadie se tomara en serio la cuestión.

Cuando ya eran más o menos las cuatro y media de la tarde de aquel domingo, los dos marcianos entraron a la Bombonera. Por supuesto, los de seguridad no los palparon de armas porque el único ropaje que tenían era el cinturón ése atravesado en el pecho, con la cartuchera chiquita donde llevan sus cosas. Además, sintieron un poco de asco cuando los vieron llegar.

De acuerdo a sus costumbres iban desnudos, y ésa fue la causa.

No es justo cargar toda la culpa al pobre Facundo Solari, como hacen los periodistas. Sí cabe, en todo caso, hablar de una culpa más difusa, que



abarque la frustración de Solari, pero también la soberbia despectiva de los marcianos, la malevolencia de los funcionarios del club pero, por sobre todo, la mezquindad de los políticos que siempre hacen las cosas para su propio interés y no por el de un pueblo ignorante, que aún no está preparado para recibir a quienes debemos considerar personas aunque no parezcan.

Tampoco es creíble, en realidad, que los encargados de la seguridad ignoraran lo que hacían. Son gente de experiencia y, según dijeron, *Cumplían órdenes* y entonces, cuando vieron las figuras verdes de los "marcianos", les dieron la voz de alto.

-Señores, acá no pueden entrar así...desnudos- dijo el encargado de la seguridad, haciendo seguramente un gesto de asco ante esos grotescos órganos sexuales que tienen y los marcianos exhiben sin pudor alguno.

Ya hubo, en otros lados, problemas por eso. Ellos acostumbran a utilizar, cuando están ante nosotros, ropajes generalmente holgados para no ofender nuestra humana sensibilidad. Ninguna ley, ni acá ni en ningún otro país los obliga a vestirse, pero lo hacen suponemos que sólo por una cuestión de urbanidad, para evitar discusiones cuando hay cosas más importantes de que hablar.

Es imaginable: ellos hicieron ese horrible gesto blando que viene a ser una sonrisa, y saludaron con esas voces de bajo profundo que tienen, que se escucha más con el estómago que con el oído. Lo hicieron en español, dicen. Y con toda educación.

Hablemos ahora de Facundo Solari: de familia humilde, sólo heredó una tenacidad casi feroz, y esa herencia lo llevó a instalar, con tan sólo 19 años de edad, una pequeña fábrica de celulares en Mataderos.

Celulares Bagual era la marca. Y se vendían bastante bien. Hasta hace poco se podía escuchar en la radio la publicidad. *Celulares Bagual son de industria nacional*, decía, con música de Astor Piazzolla como fondo.



En su momento de esplendor, Solari llegó a tener más de treinta empleados, pero cuando llegaron los marcianos ese esplendor comenzó a opacarse y Solari tuvo que achicar la fábrica, despedir empleados y adaptarse a una economía de supervivencia. Por entonces ya tenía cincuenta años, cuatro hijos, una esposa, dos perros y numerosos acreedores que lo perseguían sin entender razones. Querían cobrar, y no les importaba que la tecnología de los marcianos hubiera arrasado con la telefonía celular.

En este hombre, sólo el rechazo por River Plate –visceral, antiguo- podía superar el que –más mezquino y coyuntural- había llegado a sentir contra los marcianos.

Sabía en el fondo que si no fuera por esos misteriosos y baratísimos aparatitos de cristal azul que habían convertido los teléfonos celulares en piezas de museo, él no hubiera sentido ni amor ni odio hacia los marcianos, apenas sí cierta curiosidad aburrída y, con los años, decreciente. Lo permanente, en cambio, era lo de River: había nacido mucho antes de la llegada de los marcianos y seguiría estando ahí por siempre, robusteciéndose con los años.

Y así llegamos a este Facundo Solari amargado, sombrío, que ese domingo entraba a la cancha de Boca Juniors como si el fútbol fuera un analgésico contra tanto fracaso que llevaba en el alma. Y también a la pareja de marcianos que, totalmente ignorantes de la existencia de Facundo Solari y de su odio, escuchaban con atención al funcionario de seguridad que les decía que no podían ingresar desnudos al estadio.

-Hay una ordenanza municipal- decía el hombre -. Y no los puedo dejar entrar así.

En realidad el funcionario sentía cierta irritación contra los marcianos, un vago sentimiento de racismo, pero no fue entendido por ellos que volvieron a hacer el gesto que significaba sonrisa.



-¿Qué podemos hacer?- preguntó uno de ellos, según dicen, el más alto.

-No hemos traído ropas adecuadas- añadió el otro marciano, quizás preocupado.

El problema pareció zanjarse cuando otro funcionario de seguridad, acercó a ellos un bolso de color negro. De ahí adentro extrajo un par de remeras y se las tendió.

Ellos, inocentes, agradecieron. Y aceptaron como una gentileza la actitud del hombre. Se colocaron las prendas y se encaminaron hacia la tribuna local, dispuestos a presenciar uno de los más importantes espectáculos que podían presenciar: un partido Boca-River.

Al principio, como ya fue dicho, la cosa no superó los insultos y alguna que otra escupida que ellos, inocentes, tampoco entendieron como una muestra de agresividad sino que creyeron era algún tipo de saludo autóctono que respondieron, como es lógico en ellos, haciendo esos horribles gestos de sonrisa.

De entre el grupo agresor se desprendió un Facundo Solari con el rostro enrojecido. Llevaba en la mano derecha un objeto contundente que luego no pudo identificarse pero, al parecer, era de hierro.

-Mierdas verdes- dijo, acercándose a los marcianos con un gesto amenazador que ellos tampoco entendieron.

-Hola- dijo uno de ellos.

-Mierdas verdes- repitió Facundo Solari, con los ojos inyectados en sangre.

Los testigos dicen que fue velocísimo, casi un relámpago.

El objeto que portaba Solari en su mano derecha cayó sobre el cráneo de uno de los marcianos.

...Y ellos se defendieron. Se lanzaron al unísono sobre el enfurecido Solari gritando cosas en ese idioma suyo lleno de sílabas largas y silbidos. Y



sobre ellos tres cayó una verdadera avalancha xeneize gritando cosas, golpeando, insultándose, linchándose entre sí, mientras el partido -que recién se había iniciado- se suspendió.

Primero hubo sorpresa. Luego, indignación. Finalmente hubo horror cuando se supo que en el incidente de la Bombonera habían muerto diecisiete espectadores, dos de los cuales eran marcianos.

Los primeros comentarios periodísticos alcanzaron nivel internacional, y cargaron las tintas contra el también fallecido Facundo Solari, contra su intolerancia racial que *«avergonzaba -decían- a la raza humana»*.

Hubo disculpas presentadas por presidentes y actos de desagravio portando imágenes de los rostros de los dos marcianos literalmente linchados en la tribuna local de la Bombonera.

Nadie podría sustraerse a las imágenes que se mostraron de esos cuerpos reducidos a pulpa, goteando ese líquido verde y denso que es su sangre. Pocos de ellos se detuvieron ante un hecho significativo: las remeras que cubrían el cuerpo de ambos marcianos en el momento de su muerte eran blancas y estaban cruzadas, en diagonal, por una banda roja.

Y los pocos que se dieron cuenta, lo callaron.

Autor: Luis Barroso; Provincia de Buenos Aires, Argentina.

Relato inédito.

El autor ha cedido a Libro Andrómeda el derecho de publicación de esta obra en nuestra web, con la siguiente condición, de acuerdo con las opciones de protección de los derechos de propiedad intelectual existentes para la difusión en Internet:

Reconocimiento – Sin obra derivada – No comercial: El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial. No se pueden realizar obras derivadas.